

HERALDO DE MURCIA

DIARIO DE LA NOCHE

Año I.

Oficinas: Alfaro, 6, accesorio
Talleres: Caravija, 20.

Dos ediciones diarias

Precios: (Murcia, 1 pta. al mes
(Fuera, 3 trimestre)

Núm. 197.

LABORATORIO BACTERIOLÓGICO DEL DR. LEOPOLDO CÁNDIDO

Tratamiento moderno
de las
enfermedades
crónicas y rebeldes

Consultorio Médico

Centro general de vacunaciones

Horas de curación
y consulta
de 9 á 11 de la mañana
y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

VACUNAS

De ternera contra la viruela, antirrábica y contra las
enfermedades de los ganados

SUEROS

Normal, anti diftérico, anti tuberculoso, anti estreptococcico,
polivalente y artificial de Cheron.

JUCOS ORGÁNICOS

para la aplicación del método Brown Séquard por la vía
hipodérmica y por la vía gástrica

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio y
se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores
farmacéuticos.

Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Para informes y pedidos al DOCTOR CÁNDIDO

MURALLA DEL MAR, 83

CARTAGENA

MURCIA 15 NOVIEMBRE DE 1898

LA BOREMUS

Blancos y negros, capuletos y montescos, tios y troyanos, cuantes, desde todos los puntos de vista, han emitido su dictamen acerca de la consabida regeneración nacional, en una cosa están conformes. Hay que trabajar. Cultivemos nuestro jardín. *Laboremus*.

Un cielo de cristal, un sol de fuego, muchas gotas en las venas de sangre africana, una sobriedad que revela el hábito secular de la miseria, un clima ingrato y desmedido, una confianza supersticiosa en la eficacia del milagro, una tradición de hidalgo de gotero, hecho á matar el hambre con las migajas de los galeones del Perú, todo ha contribuido á hacer del pueblo español uno de los más holgazanes é imprevistos de la tierra. El no hacer nada es su ideal. Prefiere la privación al esfuerzo. Por no trabajar no come. Semejante al muchacho del cuento oriental, no tomará la breva si no le acierta á caer en la boca.

Predicarle la reforma es tarea fácil, pero estéril. Ni él oye á los predicadores, ni se había de enmendar si los oyese. Se cambian las instituciones, se rectifican á veces los rumbos torcidos de una política, se transforman en ocasiones muy raras la organización social. Pero sería verdaderamente milagroso que de la noche á la mañana un pueblo aleccionado por el infortunio trocara por otro su modo de ser y mudara bruscamente de sentimientos, de pasiones y de costumbres. Eso sólo en contadísimos casos lo ha hecho quizás un individuo; un pueblo nunca.

¿Es que el mal no tiene remedio? Tiene uno, el remedio por excelencia, el único verdadero y eficaz: la *vix medicatrix* de la naturaleza. Solo que, para que esa acción se ejerza, es necesario que el médico la ayude ó cuando menos no la estorbe. Aquí han de oficiar de médicos las clases directoras, dueñas de las grandes fuerzas sociales, árbitros del Estado, representantes y órganos en la sociedad de la función reflexiva. Honren ellas y practiquen el trabajo, recompensen el esfuerzo, premien al mérito, y habrán puesto en el organismo social un estímulo que á la postre dará sus frutos. Si hacen todo lo contrario, ¿quién si no ellas será culpable de que el mal no se corrija y la dolencia no se cure?

menta el favor ni disminuye el desvalimiento?

Solo la justicia podría poner correctivo. Si el obrero recibiera un salario suficiente y la esperanza de que una vida entera de trabajo no ha de conducirlo forzosamente á morir en el hospital; si el agricultor trabajara para sí y no para el fisco y la usura; si el industrial, el comerciante, encontrarán protección y aliento allí donde solo encuentran malquerencia y obstáculos; si el escolar supiera que nada será si no sabe, aunque fuese hijo ó yerno del Preste Juan; si constase al funcionario que no ha de ascender por otras influencias que las de su asiduidad y sus servicios; si, en suma, en todas las carreras civiles, militares y eclesiásticas, fuese el mérito y no el influjo quien alcanzase la recompensa, entonces cabría esperar de la eficacia del estímulo la curación lenta de la haraganería nacional.

Pedir esto no es pedir un milagro, ó á lo menos no parece que debiera serlo. Es pedir pura y simplemente que las cosas sean como deben ser y como son, salvo parciales injusticias, en todas las naciones dignas de tal nombre. Bastaría con que los elementos directores de la sociedad cumplieran con su deber y realizasen recta y desinteresadamente la función tutelar que se arrojan. Entonces se echaría de ver el maravilloso poder terapéutico que tiene la justicia para la curación de las dolencias sociales, aun las más inveteradas y crónicas. Ahora, si esto tampoco es aquí posible, entonces... apaga y yámonos.

Alfredo Calderón.

EL PERIODISTA

TROZOS DE DISCURSOS

Del discurso del insigne periodista D. Isidoro Fernandez Flore (Fernandoflore), en su reciente recepción en la Real Academia Española, reproducimos el siguiente concepto sobre el periodista moderno:

«Ser periodista es ser todo y no ser nada. Para ser periodista no se necesita en realidad más que un rimerito de papel y una caja de plumas. Después, hablar como persona civilizada y participar de las pasiones, de los errores y de las virtudes de todo el mundo. El vocablo exquisito, la colocación sabia de las palabras, la percepción de la belleza, el arte de los efectos no se improvisan.—De todos modos, si aun ducho ya el periodista en las habilidades del oficio, podrá escribir como maestro; no se le pide que escriba bien; se le advierte que escriba pronto.»

El periodista suele llegar al trabajo sin el estudio de los autores antiguos; tiene tiempo de ir formándose y nutriéndose; pero yo digo que si ha llegado sin el muletín de cuero, cosido en arabescos, del siglo de oro, podrá entrar en las Cámaras y en los Ministerios, no en las tertulias de los sabios en letras. Y es más; no alcanzará el dictado de periodista insigne; porque las ideas de la política son muchedumbre de diosas á esclavas igualmente prostituidas; que sólo tienen la virtualidad y la hermosura que les da quien las elige y las llama. Los *efectos* en el periodismo están reservados á los literatos; y no es la verdad, no es la razón qui derriba gobiernos, quien instituye dictaduras, quien agita las muchedumbres, quien oscurece ó ilumina las conciencias; lo es una pluma. ¡Una pluma; creadora de palabras que nos conmueven, que nos deslumbran, que inflaman! Sólo el literato es *efectista*; sólo él puede ser *sensacional*.

—Y no es posible ser literato sin conocer por sus nombres las suavidades, las energías, las astucias y los misterios de la lengua.—No hay actor ni escritor sin guardarropa histórico; porque no hay poder sin músculos y sin sangre; porque no le hay sin asimilación; sin autoridad, sin respecto. Y es más noble que quien lo es quien lo parece. Y más nos dice quien evoca nuestros recuerdos que quien nos aprende cosas nuevas; y no hay árbol que dé mejor sombra que el de nuestro harto, ni pájaros que canten como los de ese árbol... Quiero decir que las palabras castizas llevan, en sí propias, iras y lágrimas que no tienen las allegadas y sin contraste; pues no sólo son lo que son, sino lo que fueron, y el haber-sílo les da fisonomía familiar y grata.»

Del discurso contestación del eminente hablante D. Juan Valera, for-

ma parte el siguiente concepto sobre la influencia del periodista:

«Ser periodista es, sin duda, profesión ó oficio, como ser ingeniero, abogado ó médico. Es evidente, asimismo, que el periodista debe ser literato: un literato de cierta y determinada clase. Pero se infiere de aquí que haya un género de literatura, distinto de los otros, que pueda y deba llamarse género periodístico? Sobre esto es lo que yo no estoy muy seguro, aunque si me inclino á algo, es á negar que haya tal género. Lo que distingue al periodista de otro cualquier escritor, poco ó nada tiene que ver con la literatura. La distinción que le da carácter propio es independiente de ella. Se llama periodista el literato que escribe con frecuencia ó de diario ó casi de diario en un pliego ó grande hoja volante, que se estampa periódicamente y se difunde entre el público, á veces por centenares de miles de ejemplares. Cuando se logra que estos centenares de miles de ejemplares sean comprados y leídos, el periodista que dispone de ellos y escribe, dicta ó inspira su contenido, no puede negarse que posee un instrumento poderosísimo para influir en la opinión; para modificarla ó dirigirla, ya en buen sentido, ya en malo. Nunca el autor de un libro, por extraordinario y diéneso éxito que el libro tenga, influirá inmediatamente en el ánimo de los hombres con la rapidez, extensión y eficacia que el que en un periódico escribe. Tal vez en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, que son, á mi ver, los países en que más libros se leen y se compran, llegará algún libro de autor eminente ó muy afortunado, á contar por centenares de miles los ejemplares vendidos. Lo que es en España, bien se puede afirmar que, salvo en casos rarísimos y muy excepcionales, nunca pasan de seis mil ó de ocho mil los ejemplares de un libro los que llegan á venderse, y esto no de súbito, sino á la larga y después de haber sido el libro anunciado, ensalzado y glorificado por la crítica del periodismo. En cambio, un artículo de periódico se lee, se comenta, se aplaude, y puede influir en los sucesos políticos y sociales de una nación con prontitud pasmosa. La vida del artículo podrá ser efímera, su autor no alcanzará gloria ni nombradía; acaso no la pretenda ni la busque, y conserve el anonimato; pero es innegable el poder avasallador de que es capaz un artículo de periódico, y no cabe comparación entre las conquistas que lentamente puede ir haciendo un libro y las que puede hacer un artículo de periódico en las veinticuatro horas que persiste y circula el número en que ha salido estampado.»

PASIONALES

«El fin de la humanidad entera, es la felicidad, y, para alcanzarla, se le ha dado un ley que debe cumplir. Establey consiste en la unión de los seres que componen la humanidad. Únicamente las pasiones impiden esta unión y entre todas ellas, la más fuerte y más temible es el amor, la voluptuosidad.»

TOLSTOY.

(La *Smata* de Kreutzer).

«Querido Miguel: Tú conoces perfectamente la historia de aquel amor triste, de aquel amor desgaciado que estuvo á punto de perturbar mi razón y terminar con mi existencia. Hace pocos días recibí el último golpe, el último y más cruel desgaciado. No me he muerto, pero noto que algo muy delicado y sensible ha debido romperse en el interior de mi organismo, porque hay amarguras y hielos en mi pecho, y pavorosas sombras en mi alma. Estaba viendo el mal comportamiento de aquella mujer, y sin embargo, todavía me forjaba ilusiones, y risueñas esperanzas... Ahora ya no me queda la menor sombra de duda, respecto á su ingratitude y su perfidia... Y no obstante, te lo diré á tí, porque necesito decirselo á alguien, la quiero más que nunca, con verdadera locura, con verdadero frenesí... ¿Quién me tará á explicar estos misterios de corazón?... Jamás é borrará su imagen de mis ojos, ¡su adorada imagen!... Yo quisiera poder expresar lo que pasa en estos instantes: dentro de mí, para que juzgases cuán infinita es mi pena, cuán grande mi cariño, cuán horrible y negra la soledad en que me he dejado... La luz

del sol me ofende y siento un ardentísimo deseo de confundirme con la madre tierra, para olvidarlo todo, mi pasión gigante y su inmensa maldad, mi abnegación heroica y su criminal egoísmo, mi candidez y su vileza...

Exceso de contarle la historia de estos amores, porque ya me la has oído referir muchas veces. Permite sin embargo, que alivie mi pesar evocando nuevamente un mundo de recuerdos... La conocí un día de invierno, día inolvidable origen de innumerables desdichas. ¿Qué tenía aquella mujer para que desde el primer momento se apoderase de mi voluntad y me hiciese su esclavo? No puedo decirlo. No era una mujer hermosa, y sin embargo, mis ojos no se cansaban de contemplarla con adoración beatífica; no hablaba con elocuencia, y no obstante, mi mayor deleite era escuchar sus palabras; no obraba con lealtad, y yo, ¡ciego! encontraba siempre disculpa para todos sus actos.

Mi deseo más vehemente era sacrificarme por ella; darle hasta la vida para que conservase de mí una dulce memoria. Yo entiendo el amor de una manera muy rara; todo para el ser amado, nada para mí, excepto la satisfacción de contribuir á su felicidad aun á costa de propias privaciones y sufrimientos.

De nada sirvieron por esta vez mis protestas de amor, mis súplicas, mi generosidad y noble comportamiento. Aquello duró muy poco. Todo había sido una comedia vil, una farsa inicua. Había otro hombre, otro hombre más feliz que yo, que gozaba del cariño de aquella mujer... Dejé de verla, desapareció, se fué no sé adonde y yo me quedé sumido en una desesperación sin límites... Entonces estuve tentado á dejarme morir de hambre y de sed. Pasaba los días oyendo silbar el huracán y contemplando á través de la ventana de mi cuarto el desolado espectáculo de la naturaleza, aterrada de frío, melancólica, yerba. Caía la nieve en menudos copos y lo cubría todo; no alta nunca el sol; hacía mucho frío y yo estaba cada vez más triste.

Todos mis amigos notaron un brusco cambio en mi carácter, y en vano trataron de explicarse aquella sorda desesperación que me consumía y aquel odio mortal que sentía hacia los hombres y las cosas, y que en vano procuraba ocultar con amargas risas, más tristes que las lágrimas. Yo me guardé muy bien de confesarles mi secreto. Me hubieran tachado de romántico ó de otra cosa peor, y no me hubieran proporcionado el menor alivio. No me quedaba, pues, más recurso que llorar en silencio.

Muchas veces me digo, que esta pasión mía, tiene mucho de obsesión, de amor propio herido, de rabia y de desprecio, por no haber podido alcanzar el amor de una mujer que no tenía nada de extraordinario. Algo debe de haber de esto, porque quiero olvidar y me es imposible, y porque todas mis alegrías se ven turbadas por un afán oculto, por un deseo no satisfecho, por una humillación que sentiré eternamente.

Pasaron los días fúnebres del invierno; la nieve que cubría los altos picos de las montañas, fué derritiéndose poco á poco al recibir los besos del sol; los ríos convertidos poco antes en cristal, deslizaron de nuevo por sus alveos murmurando cosas inteligibles entre las cañas y los juncos reverdecidos; el cielo se atavió de azul claro; bandadas de pájaros volvieron á cruzar el aire piando alegremente; las brisas de la mañana y de la tarde trajeron en sus alas perfumes de los jardines y las frondas; la tierra palpito de amor fecundo y verdadero; todo se llenó de inmensa alegría...

Y no obstante, yo cohé de menos los horizontes melancólicos, la blanca nieve, los campos yermos, los árboles escuetos, el lodo de los caminos, los días grises, las noches interminables... La alegría de la naturaleza, producía en mí una profundísima tristeza. Me daba rabia ver en todas partes, el lujurioso espectáculo de una pasión desbordante.

¿Qué cosa más espantosa es el amor! ¡qué torcedor horrible! ¡qué insaciable apetito! ¡qué manantial inagotable de

